

EL MINISTERIO DE LA INTERCESIÓN

Capítulo 17

Padre, deseo que también aquellos a quienes Tú me diste estén conmigo donde IPalatino Linotype estoy {compartiendo la vida y el poder del reino}, para que puedan contemplar Mi gloria que Tú has dado
MeH (Juan 17:24)

Si alguno me sirve, que me siga {por la cruz}; y donde estoy {en el trono del poder}, *allí estará también mi siervo*. Si alguno me sirve {en el poder de la resurrección del Espíritu}, a él honrará mi Padre. (Juan 12:25-26.)

Pero vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor, y os llamarán siervos de nuestro Dios. (Isaías 61:6.)

Un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. (1 Pedro 2:5.)

Por tanto, están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo. Y el que está sentado en el trono habitará en medio de ellos. Ya no tendrán hambre ni sed" (Apocalipsis 7:15-16)

Dios tiene la intención de que Sus hijos entren en las primicias de la vida celestial que existe en Su reino eterno mientras nosotros estamos en este mundo. El Espíritu Santo

es capaz de tomar de esta forma celestial de vida y comenzar a darla a conocer dentro de nuestro ser interior. (1 Corintios 2:9-10; Juan 16:14-15) Podemos comenzar a conocer la gloria de nuestro Gran Rey y comenzar a servirle noche y día como sacerdotes en Su trono de poder. Cuando compartimos con Él en Su vida, nuestra alma está satisfecha y Él nos guarda de tener hambre y sed de las cosas de este mundo. Él nos libera completamente de sus caminos egoístas y de autoexaltación para que podamos servirle con devoción indivisa.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.
(Efe. 1:3.)

Pero Dios, por su gran amor, nos dio vida juntamente con Cristo, la Mano nos resucitó juntamente y nos hizo sentar juntamente en los lugares celestiales en Cristo Jesús. (Efe. 2:4-6.)

Hoy es el día para elegir entrar en esta gran salvación. "¿Cómo escaparemos si descuidamos una salvación tan grande, que al principio comenzó a ser hablada por el Señor?" (Hebreos 2:3)

Jesús fue ungido por el Espíritu para convertirse en el Gran Sumo Sacerdote. "El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido". (Isaías 61:1; Lucas 4:18) Nosotros también podemos compartir ahora con Él en esa misma unción. "Pero la unción que habéis recibido de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie

os enseñe; pero como la misma unción os enseña acerca de todas las cosas, tal como os ha enseñado, permaneceréis en Él". (1 Juan 2:27.) Esta unción con el Espíritu Santo nos enseña a permanecer en el Hijo para que podamos vivir con Él y compartir con Él el poder y la gloria de Su trono.

Los discípulos de Cristo, a través de esta unción divina, llegan a ser uno con el Gran Sumo Sacerdote e Intercesor. Son hechos sumos sacerdotes que viven para traer bendiciones a los demás a través del ministerio de intercesión.

Al igual que todo hijo de Aarón, todo miembro del cuerpo de Cristo tiene el derecho de entrar en el sacerdocio. Pero no todos los cristianos ejercen su derecho y entran en su herencia. Poseen un derecho de primogenitura, pero no todos entran en la bendición. Muchos todavía lo ignoran por completo. "Porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos." (Mateo 22:14.) De hecho, hay muchos, como Esaú, que terminan comerciando con esta primogenitura para poder vivir por los placeres temporales que puedan tener de este mundo. (Hebreos 12:16.) Dios lo ve como adulterio espiritual. (Santiago 4:4.)

Necesitamos aferrarnos a un entendimiento de lo que la salvación de nuestro Señor realmente tenía la intención de hacer si esperamos evitar perdernos esta gloriosa herencia en los santos. Como sacerdotes, debemos dejar de vivir para nosotros mismos a fin de que seamos libres para servir al Señor noche y día en Su trono de poder. Vivir enteramente para llevar a cabo las "obras mayores" de guiar a otros al reino eterno de Dios se convierte en la señal más clara de que

estamos permaneciendo en Aquel que "siempre vive para interceder". (Hebreos 7:25.)

Dios usó a la tribu de Leví como ejemplo para ayudar a revelar la obra de un sacerdote. "El Señor separó a la tribu de Leví para que se presentara ante el Señor para ministrarle y bendecir Su Nombre". (Deuteronomio 10:8.) El papel del sacerdote de bendecir el Nombre del Señor incluía guiar a otros a una relación cercana con Dios.

El sacerdote tenía el derecho de morar con el Señor en Su casa y de ser un medio para llevar bendiciones al pueblo. También era responsable de hacer que la gente tomara conciencia de los sacrificios que se les exigían. Después de que el sacerdote hubiera determinado que se había hecho un sacrificio aceptable, lo presentaba a Dios. Solo entonces pudo pedir y recibir la bendición.

Como sacerdotes del Señor, hoy estamos en un lugar para hacer peticiones por el pan celestial que es capaz de sostener la vida eterna de Dios dentro del alma. Una vez que el sacrificio ha sido examinado, y estamos seguros de que está completo y sin mancha, podemos comenzar a orar por la bendición.

Un sacerdote es, pues, un hombre que no vive para sí mismo. Camina en comunión con Dios y vive para servir al Señor y a Sus propósitos. Su obra es llamar a las personas al arrepentimiento y explicar cómo deben presentarse ante Dios como sacrificios vivos para que puedan entrar en una relación correcta con Él. (Romanos 12:1.) El sacerdote sabe que Dios solo enviará el fuego del cielo para mostrar su aceptación de la ofrenda cuando su sacrificio se ofrece sin mancha.

Los cristianos, después de haber sido llamados por Dios a través del nuevo nacimiento, necesitan ser conducidos al punto en el que estén dispuestos a presentarse al Señor sin guardarse nada. La ofrenda debe ser total antes de que se considere "inmaculada". El objetivo es llevarlos al lugar donde el fuego del cielo desciende para consumir los restos de la vieja naturaleza que se exalta a sí misma y se busca a sí misma. Es en este sentido que A.W. Tozer habla de los cristianos que necesitan ser hombres y mujeres que han salido del fuego. Jesús mismo dijo: "Porque todos serán sazonados con fuego". (Marcos 9:49.)

Isaías preguntó una vez: "¿Quién de nosotros habitará con el fuego devorador?" (33:14) En los versículos 15 y 16 dice que son los que "andan rectamente". Una vez que la vida carnal ha sido consumida, el hijo de Dios es capaz de residir en la presencia del Fuego Santo sin sentir dolor. Sólo es doloroso cuando la vida carnal está viva y activa. El fuego solo consume lo que no es de Dios. Una vez que el creyente ha pasado a través de este fuego consumidor, él "morará en lo alto" y se convertirá en un participante de la vida de nuestro santo Dios. Aunque este consumo de la vida carnal es doloroso, nos permite llegar a ser "partícipes de su santidad". (Hebreos 12:10.)

Malaquías, como profeta de Dios, le dijo a la gente cómo el Señor vendría como fuego purificador para purificar el templo y permitir que los levitas (aquellos que estaban consagrados a Dios) caminaran en justicia. (Malaquías 3:1-3.) Cuando llegara el Refinador, nadie sería capaz de "estar en pie" en el orgullo de la vida. Él viene a destruir la vieja

naturaleza que se exalta a sí misma, para que ninguna carne se gloríe jamás en Su presencia.

En referencia a esta promesa, Juan el Bautista dijo: "Yo a la verdad os bautizo con agua para arrepentimiento (para perdón de los pecados—Marcos 1:4), pero Jehová os bautizaré con el Espíritu Santo y fuego". (Mateo 3:11.) Fueron las lenguas de fuego que se posaron sobre cada discípulo individual en el aposento alto en el día de Pentecostés las que purificaron sus corazones y los convirtieron en vasos de la gloria de Dios: Su vida de amor abnegado. (Hech. 2:1-3; 15:8-9.) Estos sacerdotes de Dios, una vez que sus corazones fueron purificados, fueron capaces de usar la oración intercesora para atar y desatar aquí en la tierra. (Mateo 16:19.)

Este es el alto llamado de todo creyente. Cada miembro del cuerpo de Cristo ha sido redimido con el único propósito de convertirse en uno de los sacerdotes santificados de Dios en medio de los millones que perecen a su alrededor. En conformidad con Jesús, quien es nuestro Gran Sumo Sacerdote, deben ser los ministros y mayordomos de la gracia de Dios en el mundo. Después de guiar al pueblo a hacer el sacrificio requerido, deben vincular la obra pidiéndole al Padre que santifique los corazones de estos verdaderos adoradores. En este sentido, a los sacerdotes de Dios plenamente santificados se les han dado las llaves del reino de Dios.

Así como Dios es santo, así el sacerdote debía ser especialmente santo. Esto implica no solo estar separado de todo lo impuro, sino dedicarse completamente a servir al Señor. Tuvieron que ser apartados para que vivieran solo para

Sus propósitos. No se les permitía tener propiedad personal. Todo lo que poseían pertenecía verdaderamente a Dios. Solo cuando vivían en esta forma de relación con Dios podían servirle como sacerdotes dentro del lugar santo.

Es importante entender este principio acerca de que las tribus sacerdotales no tienen herencia terrenal propia. Dios iba a ser su herencia. Debían vivir por fe. Apartados para Dios, habían de vivir en Él así como para Él. Sus corazones no debían estar atados a nada de este mundo.

Todo esto es simbólico de cómo el sacerdote del Nuevo Testamento debía vivir en esta era de satisfacción. La verdadera vida cristiana es un llamado muy especial. Cada creyente debía convertirse en un sacerdote de Dios. "Ustedes son una generación escogida, un sacerdocio real, una nación santa, Su propio pueblo especial". (1 Pedro 2:9.) Y como el santo y celestial sacerdocio de Dios, debíamos vivir como "extranjeros y peregrinos en la tierra". (Hebreos 11:13.) No debemos gastar nuestro tiempo y energías tratando de poseer cosas temporales. Debemos vencer al mundo y residir dentro del Reino eterno de nuestro Señor, donde estamos capacitados por la gracia de Dios para dedicarnos a una vida de vivir para el bien de los demás.

Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no fue en vano; pero yo trabajé más abundantemente que todos ellos, pero no yo, sino el gracia de Dios que estaba conmigo. (1 Corintios 15:10)

Nosotros, pues, como obreros juntamente con Él, también os rogamos que no recibáis la gracia de Dios en vano. He aquí, ahora es el tiempo

aceptado; He aquí, ahora es el día de la salvación.
(2 Corintios 6:1-2)

Dios había escogido a todos los hijos de Aarón para ser sacerdotes. Cada uno era sacerdote por nacimiento. Sin embargo, no podían comenzar su obra sin un acto especial de consagración. Se les exigía que se consagraran enteramente a Dios. De manera similar, todo cristiano es un sacerdote por derecho de su relación de sangre con el Gran Sumo Sacerdote. Pero la herencia del creyente, que incluye compartir con Cristo en Su vida y poder divinos, solo puede recibirse entrando en una consagración completa a Él.

Aarón y sus hijos fueron consagrados de una manera especial. (Ej. 29) Después de ser lavados y vestidos con ropas nuevas, fueron ungidos con el óleo santo. Después de prepararse de acuerdo con las especificaciones de Dios, fueron rociados con la sangre y el aceite juntos. En un sentido espiritual, la sangre en esta unción especial representa el poder de Cristo para eliminar la naturaleza pecaminosa y el aceite representa la nueva naturaleza: el fruto del Espíritu de Dios.

Como penitente, cuando el futuro sacerdote buscaba por primera vez el perdón de sus pecados, la sangre era rociada sobre el altar, no sobre su persona. Pero ahora, para la consagración sacerdotal, debía haber un contacto más estrecho con la sangre. El oído, la mano y el pie (las partes del cuerpo en contacto con el mundo y necesarias para el servicio de Dios) fueron puestos bajo su poder a través de este bautismo especial. Todo el ser fue entonces santificado o apartado enteramente para el servicio de Dios. Esta es la sangre que limpia de "toda maldad". (1 Juan 1:7.) Destruye la

naturaleza independiente, la fuente de la voluntad propia y del pecado.

Cuando el creyente es llevado a buscar el pleno acceso sacerdotal a Dios, siente la necesidad de una experiencia más plena y duradera del poder de la sangre. Donde antes se había contentado con que la sangre fuera rociada en el propiciatorio para obtener el perdón que necesitaba, ahora necesita una aspersión y limpieza más personal de su corazón. Desea estar completamente separado del viejo hombre. Esta obra purificadora de la sangre es lo que permite al sacerdote entrar en la presencia de Dios dentro del lugar santo y vivir como un intercesor eficaz ante su trono. "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios." (Mateo 5:8.)

¿Estás dispuesto a dejar de vivir para ti mismo y vivir como un sacerdote para Dios, dentro de Su presencia, para que puedas comenzar a realizar esta santa obra? Ustedes saben qué tipo de rendición exige: la semilla debe ser enterrada en el suelo, donde se descompone completamente en la nada antes de que pueda levantarse. (Juan 12:24-26.) No puedes vivir en la Presencia de Dios mientras todavía estés buscando tener algo de tu propio honor y gloria. Es necesario que haya una pérdida real de esta vieja forma de vida antes de que sea posible ser altamente exaltado al lugar donde pueda haber una participación con Cristo en el poder de Su trono.

Permaneciendo en esta unión celestial con el Gran Sumo Sacerdote, "Pedid lo que queréis, y se os hará". Tendrás poder para hacer la oración efectiva que logra mucho para el reino de Dios.

¡Vengan, hermano y hermana, vengan! Ser sacerdote, *solamente* un sacerdote, y *todo* ¡sacerdote! Deja ir el mundo para que Dios mismo pueda convertirse en tu herencia. Continúa esperando en Dios hasta que estés caminando ante el Señor con la plena conciencia de que Él te ha ungido personalmente con Su vida de oración intercesora.